

PERIODISMO Y LITERATURA

Por Sebastián SALAZAR BONDY

CON LA invención de la imprenta se inicia, en verdad, el mundo moderno. Los dos hijos de aquella prodigiosa máquina de multiplicación de la palabra escrita son el libro y el periódico. Y libro y periódico están ligados por este origen común aunque los tiempos los hayan distanciado. Literato y periodista, por ende, no fueron siempre, como ahora parece considerárselos, dos oficios ajenos entre sí, que se rechazan e inclusive se abominan. Hasta el siglo XIX, por lo menos, hay una mancomunidad estricta en los campos de acción del escritor de ficciones y el escritor de noticias y comentarios de las cosas del momento. El "folletín" del periódico era, en esa época, testimonio de que el novelista, por ejemplo, merecía un lugar de honor en aquel vehículo regular de comunicación que son las hojas nutridas por los hechos inmediatos, reales y palpantes.

SIN EMBARGO, la revolución industrial y su multitudinario consumo público de informaciones inicia la separación de la literatura y el periodismo. Hasta principios de este siglo, en Europa y los Estados Unidos, el escritor mantuvo un puesto destacado en las columnas del diario y la revista: Unamuno, Ortega, Valle Inclán, en España; Chesterton, Shaw, en Inglaterra; Gide, Mauriac, Bloy, en Francia; dicen su palabra acerca de los sucesos que afectan a sus países y al mundo entero. En América Latina, hasta hoy, la crónica del comentarista que emplea la forma literaria para expresar su punto de vista acerca de la variedad de la historia que fugaz pasa en la pantalla de la primera plana, conserva un sitio en el papel que imprime la rotativa incansable. Pero la tendencia general, en especial en las

naciones industrialmente super-desarrolladas, es adjudicar al periodista sólo periodista — que escribe en lo que se ha dado en llamar "estilo periodístico", suerte de no estilo, de impersonalidad expresiva — indefinible aún por sus inventores — la misión tanto de informar cuanto de opinar. El divorcio de los dos hijos de la imprenta (el periódico y el libro) y sus dos autores, ayer identificados, el periodista y el escritor, parece estar a punto de consumarse.

MUCHOS FACTORES contribuyen a determinar esta lamentable escisión. La hegemonía de la imagen sobre la palabra escrita, el triunfo del titular sobre el texto del artículo, la celeridad con que varían las noticias, la intención multívoca que se aspira a dar al efecto de los hechos, etc., conspiran contra la esencia discursiva, analítica, comprometida y unívoca de lo literario e intelectual. No obstante, la necesidad de que no se produzca la total ruptura, sino que, por el contrario, se hallen los puntos de contacto y solidaridad entre ambas posiciones, terminará por imponerse.

UNEN AL PERIODISMO y la literatura contemporánea algunos rasgos que pueden asociarlos nuevamente: el realismo crítico y social, el interés por el lenguaje popular (el auténtico), el humanismo, la búsqueda de lo original en lo corriente, la presencia de la multitud como personaje de la historia, etc. Cierta literatura nueva emana del periodismo, y viceversa. Es probable que la reunión de ambos géneros se lleve a cabo pronto y definitivamente al amparo de esta unidad de propósitos. Es lo que quiere invocar el cronista con ocasión del día que celebra el noble trabajo y la alta misión del hombre de prensa peruano.